

Ramón Ruiz Amado y Tomás Carreras Artau

Por FERMÍN DE URMENETA

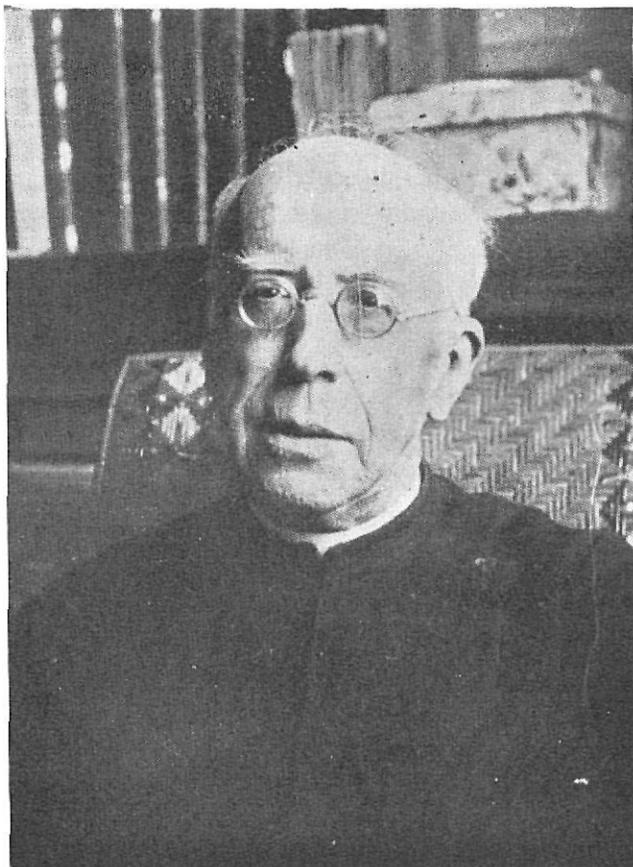
Desde el famoso autor latino Tito Livio hasta nuestros días, resulta fundamental para todo historiador el transcurso de las décadas. Tales períodos de diez años vienen valorar más y mejor, en el seno de la historia, a aquellas personas ilustres que convivieron con nosotros y que nos han podido obsequiar con algún notable legado cultural. Pues bien, entre esas personas ilustres cuyas muertes vienen a relacionarse mediante décadas con nuestro año 1964, voy a glorificar hoy las siluetas de dos gerundenses beneméritos: por una parte, el sabio jesuita Ramón Ruiz Amado, fallecido en 1934 y cuyo nombre lleva hoy la “Escuela del Magisterio” de Gerona, en su sección para señoritas (al igual como la sección para caballeros lleva el nombre, no menos glorioso para Cataluña, del vicense Jaime Balmes Urpiá); y por otro lado, el cordial catedrático Tomás Carreras Artau, fallecido en 1954 y entre cuyas múltiples iniciativas deseo ahora destacar la fundación —bajo el patrocinio de la munífica Diputación de su natal Ciudad— del “Instituto de Estudios Gerundenses”, del que fue primer Presidente (desde la fundación, en 1946, hasta su propia muerte).

Sabiduría y cordialidad: he acá un doble par de valores que arraigaron muy profunda-

mente, en apretado haz, tanto en Ramón Ruiz Amado como en Tomás Carreras Artau. Pues aun cuando, en el párrafo precedente, he calificado al primero como “sabio” y el segundo como “cordial”, ninguna dificultad habría para permutar los adjetivos: algo que ya a *priori* hubiera podido ser previsto, dado que casi siempre la auténtica sabiduría suele revestirse bajo el ropaje de la humilde cordialidad; y algo que, a base de mis propias experiencias individuales a *posteriori*, me complazco yo en corroborar, merced a preciados recuerdos infantiles y juveniles.

I

Nació Ruiz Amado en Castelló de Ampurias, al norte de la provincia de Gerona, el año 1861, no alistándose en las filas de la Compañía de Jesús hasta después de haberse graduado como Doctor en Derecho, por lo que su caso en términos modernos podría



adjetivarse como el de una “vocación tardía”: una de esas espléndidas vocaciones tardías que en nuestra patria han conseguido tantos adeptos, desde el lejano Raimundo Lulio o Ramón Llull hasta el cercano Manuel García Morente. Viajó luego con detenimiento por Alemania, Inglaterra y América, familiarizándose sobre todo con las ideas pedagógicas de Herbart y sus discípulos: es decir, tanto con el “herbartismo” de izquierda (el de Rein y Ziller) como con los “herbartianos” de derecha (Meumann y Paulsen). Fruto de esa familiarización fueron los seis reflexivos tratados de su “Curso de Pedagogía”, que empieza por los cimientos éticos y dianoéticos (“La educación moral” y “La educación intelectual” se titulan los tratados correspondientes), para proseguir con aplicaciones intra-humanas e inter-humanas (“La educación social” y “La educación cívica”), concluyendo en esas culminaciones obligadas de toda pedagogía diferencial que atienden a las creencias y a las mujeres (“La educación religiosa” y “La educación femenina”). Para completar ese magnífico “Curso”, el propio Ruiz Amado diseminó múltiples estudios suyos en la revista fundada por él en 1911, bajo el título de “La educación hispanoamericana”, revista que siguió dirigiendo hasta 1927 y algunos de cuyos artículos más sugestivos fueron recogidos por su autor en forma de libro: el libro tal vez máxicamente representativo entre los suyos y rotulado “La pedagogía jesuística”.

Entre las muchas ideas de Ruiz Amado que cabría aquí rememorar, voy a limitarme escuetamente a dos constantes de su pensar: la constante ascética y la constante estética, a cual más formativa.

Problemáticamente, el aguijón sexual preocupó a nuestro autor lo mismo que a todo genuino pedagogo: siendo en este orden donde apela, como solución, a la ascética. “La idea del ascetismo es, sencillamente, la aplicación pedagógico-moral de que la ofensiva es la mejor defensiva” nos dice en un lugar, mediante enunciado indirecto. Mientras en otro momento, de forma bien directa, no se recata de postular que “la más fundamental y eficaz educación sexual consiste en incitar a los jóvenes a ejercitarse voluntariamente en el dominio de sí mismos”.

Metodológicamente, sin embargo, lo estético debe preceder según Ruiz Amado a lo ascético. Por ello es por lo que define a la formación estética como “una educación preliminar para hacer accesible el ánimo, antes embrutecido, a la educación moral”, deteniéndose en múltiples consejos sobre maneras de aprovechar las tendencias infantiles hacia lo plástico y hacia lo artístico de cualquier índole.

Para concluir, haciéndolo con una máxima que explique los aciertos pedagógicos de los jesuitas españoles, deseo solamente subrayar la vibración calurosa que solía aconsejar el jesuitísimo Ruiz Amado, cuyo es el párrafo siguiente: “Las más altas y robustas verdades de la doctrina cristiana quedan estériles para la formación humana si se enseñan con espíritu frío”.

II

Desde el 3 de abril de 1879 hasta el 23 de octubre de 1954, deslizóse la vida de Tomás Carreras Artau: franciscanamente, con ese franciscanismo que suele acompañar a todo lo emotivo y cordial. Fue la vida de un gran patriarca de la filosofía en nuestras latitudes, que ocupó la Cátedra de Ética de la Universidad de Barcelona desde el año de 1912, fecha del triunfo en sus oposiciones, hasta el de 1949, en que se jubiló por haberle sobrevenido la edad reglamentaria. En consecuencia, treintisiete años y pico de su existir (esto es, casi exactamente la mitad de su longeva edad de quince lustros) fueron ocupados por sus actuaciones públicas como catedrático y conferenciante, mientras sus ocios eran consagrados en su mayor parte al diálogo filosófico y a las investigaciones monográficas, tareas que le absorbieron en la mitad restante de su vida, y cuyos frutos institucionales o bibliográficos están a la vista de cuantos quieran contemplarlos.

En efecto, a manera de aledaños cabe su dinámica Cátedra, instauró el Dr. Carreras sucesivamente agrupaciones de extensión cultural —semilleros constantes de nuevas publicaciones— a cual más interesante: el “Seminario de Psicología y Etica Hispanas”, el “Archivo de Etnografía y Folklore de Cataluña”, la Delegación en Barcelona del Instituto Filosófico “Luis Vives” del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, una “Asociación para la Historia de la Ciencia” adherida a la “Unión Internationale d’Histoire des Sciences”, etcétera.

Sin embargo, por encima de lo bibliográfico y lo institucional, cual solidísimo cimiento de tales realizaciones, destacaba en nuestro pensador su espíritu franciscanista. Si cierto resul-

ta que, empleando expresivos términos del Dr. Ramón Roquer, “en verdad fue Tomás Carreras un investigador egregio de nuestra historia del pensamiento, un maestro generoso de doctrina moral un hombre bueno en el pleno sentido del vocablo, un inquebrantable seguidor del imperativo de lealtad que basa las relaciones de amistad”, no menos evidentes resultan las franciscanas raíces que posibilitaron tan hermosos frutos y que nos han sido bellamente descritos por el propio Roquer: “Ferviente admirador del espíritu franciscano —prosigue la descripción de referencia—, lo encarnó con rara perfección. Supo vivir la pobreza sin haber conocido la miseria; se empapó de la simplicidad y de la caridad evangélica, de suerte que a su vera nadie se sintió nunca pequeño... Toda su vida fue paradigmna del *itinerario del alma a Dios*. Libre de afanes terrenales, sin pagar tributo fácil a la moda intelectual imperante, iluminado por reverberación de la presencia de Dios en las cosas, sus grandes ojos se abrían de par en par ante todas las criaturas de



Dios. En cada una sabía descubrir el vestigio de su Creador. El primado del corazón o del amor no era en Don Tomás Carreras mero punto de referencia doctrinal, sino de apoyo para la gran palanca de su existencia” (LA VANGUARDIA ESPAÑOLA, 24 OCTUBRE 1954).

Ahora bien, entre los escritos salidos de su pluma, cuéntase uno que revela, mejor que ningún otro indicio, la altura y hondura de su compenetración con la espiritualidad franciscanista, presente sin duda en todas sus publicaciones, desde su monografía primeriza intitulada “Demostración del principio de causalidad por el principio de contradicción” (año 1897) hasta sus recentísimos “Estudios sobre los médicos filósofos españoles del siglo XIX” (año 1952), pasando claro está por las sugerentes páginas dedicadas por su pluma a temas lulianos y balmesianos. El estudio a que me refiero es el rotulado “Los caracteres de la filosofía franciscana y el espíritu de San Francisco” (*Els caràcters de la filosofia franciscana i l'esperit de Sant Francesc*) y constituyó su aportación principal a los actos conmemorativos del VII Centenario de la canonización del “Poverello” de Asís (inserta en “ESTUDIS FRANCISCANS”, año 1928: número extraordinario ante esta conmemoración). En este atinado artículo, junto a profundas reflexiones sobre el ideario íntimo del gran coloso asisiano, son enumerados en intento de síntesis

los caracteres primordiales del pensamiento franciscano, con términos que paso a analizar seguidamente, pues aportan también intensa luz para dilucidar los pliegues y repliegues más aristados del ideario propio de nuestro autor.

Un rasgo primero y primario del franciscanismo es, según tal caracterización, el íntimo hermanamiento de lo científico y lo sapiencial. Ciencia y sapiencia, a la luz de tal hermanamiento, aparecen exentas de aquellas incompatibilidades infundadas que algunos alegan —entendiendo al científico cual hombre primordialmente especulativo y al sabio, en cambio, cual primariamente triunfador en la práctica—; antes bien, aparecen como conexas cual lo mesológico con lo teleológico, por cuanto el acervo de conocimientos esencial en lo científico resulta uno de los medios más adecuados en orden a la consecución del importantísimo fin del saboreamiento y gozo en lo conocido, ineludibles en lo sapiencial.

El segundo carácter, en la enumeración de carreras, es el misticismo, entendido no en su acepción plebeya de gusto por lo rebuscado, sino en su auténtico sentido de fruición ante lo sobrenaturalmente arcano y hacia lo cual tiende la mente cristiana por su propia naturaleza. Misterio y mística son, a este respecto, correlatos ineludibles, pues sin la existencia objetiva del primero sería del todo infundada la actitud subjetiva que se encarna en la segunda.

Tras los dos rasgos anteriores, que cabría adjetivar como universales y concurrentes en todo franciscanismo, enumera el profesor Carreras Artau un tríptico no menos sugerente, que viene a recoger las diferencias especificantes con que ha venido a revestirse el elemento genérico constituido por aquella diada inicial. En efecto, tras el sapiencialismo y el misticismo fundacionales, que bien podrían considerarse encarnados por el propio San Francisco de Asís y su benemérito continuador San Buenaventura, tres han sido los cauces teoréticos primarios por donde han discurrido las dinámicas aguas de esta triple corriente, impónese reconocer el acierto de Carreras al sostener que, en el cauce primero el empirismo franciscanista ha sabido siempre colorearse con tintes del experimentalismo, a imagen y semejanza de Rogerio Bacon; mientras en el cauce segundo, el racionalismo se ha perfilado con los matices que exornan el popularismo escolástico de Ramón Llull, y mientras en el cauce tercero, el voluntarismo franciscanista ha confluído siempre en el apacible remanso de la filosofía del amor, que culmina en Duns Scoto.

Por último, y enlazando de nuevo las directrices de estas últimas orientaciones (scotismo, llullismo, baconismo) para reconducirlas a su hontanar originario (sapiencialismo asisiano y misticismo bonaventuriano), emerge un sexto y último rasgo característico de la ideología franciscana: a saber, el activismo, entendido como necesaria exigencia de enlace entre filosofía y acción personal, ya que ningún ideario filosófico podrá ser tenido por auténtico sino fructifica en un sano personalismo activista.

Para concluir, oportuno parece hacer nuestras otras certeras palabras necrológicas, escritas por ocasión de su muerte. He aquí, en consecuencia, algunas conspicuas apreciaciones de mi estimado maestro Pedro Font Puig en torno del Prof. Tomás Carreras Artau: “Ha sido un varón bueno, pródigo en hacer bien, sufrido como excelente filósofo cristiano ante el mal físico y la maldad ajena... Una sana alegría franciscana vivificada toda su persona, alma y semblante; y hacia atractivo y encantador su trato” (DIARIO DE BARCELONA, 24 OCTUBRE DE 1954).